

obligado aquella noche á hacer su función sin payaso.

Y volviendo desdeñosamente la espalda al que él miraba como su rival preferido en el corazón de la señorita Fifina, dejó á Mr. Fafiou salir tranquilamente de la taberna detrás de Salvador.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE TRATA DE FAFIOU Y DE MAESE COPÉHNICO, Y DONDE EL AUTOR ESTABLECE LAS RELACIONES QUE EXISTÍAN ENTRE ELLOS.

Volvió Salvador á tomar su puesto habitual contra la pared.

Fafiou le seguía ensanchando su corbata para dar aire á su garganta.

— ¡ Ah ! Mr. Salvador, dijo, os debo un gran favor ; es la segunda vez que me salváis la vida, palabra de honor. Así que, si puedo haceros un servicio á mi vez, no me cansaré de deciroslo, disponed absolutamente de mí.

— Tal vez vaya á cogerte la palabra, Fafiou, dijo Salvador.

— ¡ Oh ! en verdad, Dios mío, que hariais en ese caso un hombre feliz. ¡ Yo, Fafiou, soy quien os lo digo !

— Te esperaba, Fafiou.

— ¡ De veras ?

— Y desesperando casi de verte, iba á escribirte.

— Es verdad que he tardado, Mr. Salvador ; pero ¡ diablo ! he encontrado á Musette (dulzaina) sola, y cuando encuentro á Musette sola, ¡ diablo ! me dedico á decirle que la amo.

— Pero entonces, ¿ amas á todas las mujeres, libertino ?

— ¡ Oh ! no, Mr. Salvador, no amo más que á Musette, tan cierto como me llamo Fafiou.

— ¡ Y la señorita Fifina ?

— No la amo, ella es la que me ama ; ella la que corre en pos de mí ; pero yo, cuando la veo por una acera, me voy por la otra.

— Te aconsejo que hagas otro tanto cuando veas á Juan Taureau, porque no siempre estaré allí á punto para sacarte de sus manos.

— ¡ Es un hombre brutal ! Pero le perdono, ¡ porque cuando se está celoso !.....

— ¡ Ah ! ¿ tú eres también celoso ?

— Como el tigre de la reina Tamatava.

— Entonces, ¿ es á Musette á quien amas ?

— Hasta el punto de morir de consunción. Ved el estado en que me encuentro ; el amor come toda mi grasa, palabra de honor.

— Si tan enamorado estás de Musette, ¿ por qué no te casas con ella ?

— No quiere su madre.

— Entonces, es preciso tomar buenamente su partido, hijo mío, y renunciar á ella.

— No. ¡ Renunciar á ella ! ¡ Ah ! si. Tengo paciencia y esperaré.

— ¡ Qué has de esperar ?

— Esperaré á que no tenga madre, esto no puede menos de sucederle un día ú otro.

Salvador sonrió imperceptiblemente al ver la feroz resignación con que Fafiou aguardaba la muerte de su suegra, para casarse con la muy amada de su corazón.

Que los lectores pesimistas no formen, sin embargo, por

este programa demasiado mala opinión de Fafiou ; porque era un bueno y honrado mozo aquel desgraciado payaso, que formaba parte de la compañía ordinaria de los cómicos de Mr. Galileo Copérnico. Escriturado por la módica suma de quince francos al mes, que se le pagaban cada cuatro meses, desempeñaba el empleo de los bufones, de los Jean-nots, de los Gilles, de los Jocrisses, todos los papeles, en fin, de colas rojas, que tan bien convenían á su fisonomía.

Pero no se limitaba á esto su empleo ; era al mismo tiempo barbero y peluquero de toda la compañía, que se componía en todo de ocho personas, comprendiendo en ellas al director Mr. Galileo Copérnico, que desempeñaba los Casandros ; la señorita Musette, que desempeñaba las Isabel ; y él, Fafiou, que desempeñaba los payasos y los Gilles, rivalizando con el hermoso Leandro.

Esto era un verdadero martirio para él, porque enamorado desmedidamente de Musette (Isabel), oía sin cesar á su querida decir ternezas á otros é injurias á él.

Es verdad, que cuando los dos jóvenes estaban solos se desquitaban. Entonces eran para Fafiou todas las ternezas, y el hermoso Leandro recibía de lejos todos los desprecios que Fafiou había recibido de cerca.

Tenía el pobre Fafiou gran necesidad de aquel amor, que hacía á la vez su alegría y su tormento. Estaba solo en el mundo, sin conocer padre ni madre, tío ni tía, ni hermano de leche, ni bienhechor : desde su primera juventud le había faltado toda clase de familia directa é indirecta.

Pasando un día el tío Galileo Copérnico por cerca de la montaña de Santa Genoveva, lo había encontrado dando volteretas en la calle, y lo había recogido, prometiéndose cultivar aquellas disposiciones naturales.

Lo había llevado á su casa, y para engolosinarle, le ha-

bía dado una comida, que el niño ni aun la había ideado en sus sueños gastronómicos.

Al ver aquel cuadro encantador de su vida futura, se había formado Fafiou una idea tal vez un poco exagerada de la vida de saltimbanquis, y se había dejado romper las vértebras y dislocar los huesos, de modo que pudiese hacer la carpa, el sapo, el lagarto, y en fin, todos los ejercicios gimnásticos de los clowns.

Se habían, pues, hecho ejercicios de fuerza sobre las diferentes plazas de París en primer lugar ; en seguida, quemado París se había pasado á provincias, de provincias al extranjero. Habían visitado las primeras capitales de Europa, arrancando los dientes á los militares de paso ; se habían tragado sables, engullido culebras, comido estopas inflamadas ; pero el apetito viene comiendo, aunque sea comiendo estopas. Pensóse, pues, en regresar á París, y montar allí un teatro, en vez de andar vagamundeando, y hacia 1824 ó 1825 se había obtenido de la policía el permiso de levantar tablados en el boulevard del Temple.

Desde aquella época se daban funciones durante todo el año : funciones hechas la mayor parte del tiempo con los restos del teatro Italiano ó del teatro de la Feria. Sólo se interrumpían dos veces al año estas representaciones grotescas. Se representaban durante la Cuaresma misterios para los devotos ; y durante las vacaciones, hechicerías para los niños.

Pero nosotros no hablamos más que de la ante-escena, es decir, de lo que en términos de banca se llama puerta : en efecto, la pieza, representada gratuitamente al aire libre sobre los tablados, no era más que un pretexto para atraer al público al interior ; y en efecto, hubiera hecho mal el público, á quien se divertía gratuitamente, en no recono-

cer aquella atención, negándose á ver las maravillas que el tío Copérnico reservaba á sus espectadores. Y nos atrevemos á decirlo: nosotros, que en aquella época hemos asistido á él más de una vez, era aquel un espectáculo que bien valia los dos sueldos que se pagaban al salir.

El interior de aquella barraca era un verdadero mundo en compendio: gigantes y enanos; albinos y mujeres, con barba; esquimales y bayaderas; antropófagos é inválidos con la cabeza de madera; monos y murciélagos; asnos y caballos; boas constrictores y vacas marinas; elefantes sin trompa, dromedarios sin joraba, orangutanes y sirenas; la concha de una tortuga gigantesca; el esqueleto de un mandarín chino; la espada con la que Hernán Cortés había conquistado el Perú; el antejo con que Cristóbal Colón había descubierto la América; un botón de los famosos calzones del rey Dagoberto; la caja del tabaco del gran Federico; el bastón de Mr. de Voltaire, en fin, un sapo fósil vivo encontrado en las capas antediluvianas de Montmartre por el célebre Cuvier.

En una palabra, era un compendio de todos los reinos de la naturaleza y de todas las maravillas del mundo.

Una comisión de sabios hubiera necesitado un mes largo para formar el catálogo de los mil objetos que llenaban de arriba abajo la barraca de maese Galileo Copérnico.

Así que, la reina Tamatava, que enseñaba en una barraca al lado el tigre de Bengala y el león de Numidia, á pesar de su corona de papel dorado y su cinturón de conchas, no había rechazado los adelantos de Mr. Galileo Copérnico, cuando éste le había ofrecido contratar en su compañía á la señorita Musette, heredera presuntiva de una de las islas bajo el Viento.

La señorita Musette, pues, mediante la suma de treinta

francos al mes, había sido cedida por su madre al tío Galileo Copérnico, para hacer la Isabel en la función, y representar en el interior á la casta Susana entre los dos viejos.

Mr. Flageolet, para dar mayor valor á la escritura, había firmado inmediatamente, debajo de la reina Tamatava, tomando en el acto el modesto título de tutor.

Con los ocho comediantes, incluso él, que componían su compañía, conseguía maese Galileo Copérnico presentar al público ciento ó ciento cincuenta personajes vivos, los unos después de los otros; ciegos que veían después de diez minutos; mudos á quienes se acababa de dar milagrosamente la palabra; sordos á quienes se había operado, y oían ahora como todo el mundo; un sargento de la guardia imperial, á quien se le veía helado en medio de un inmenso carámbano, y que había sido traído de la retirada de Rusia por su propio hermano; un hombre calvo, de cuyo cráneo, gracias á una pomada compuesta por el dueño del establecimiento, se veían, con la simple vista, salir cabellos rojos; un marino atravesado de parte á parte por una bala de cañón en la batalla de Trafalgar, y á quien había que darse prisa para visitarle, porque los médicos no le daban de vida más que tres años, dos meses y ocho días; un naufrago de la Medusa, milagrosamente salvado por un requin, para el que solicitaba del gobierno una pensión alimenticia. En fin, todo, hombres célebres, mujeres célebres, niños célebres, perros célebres, caballos célebres, asnos célebres, todo, todo se encontraba en sesenta pies cuadrados; y en medio de aquellas celebridades, maese Galileo Copérnico, prestidigitador, profeta de la buena-ventura, bailarín en la cuerda, dentista, batelero, juglar, hasta cómico, presidiéndolo todo, mostrando él mismo á los

espectadores las maravillas de su establecimiento; repetidas veces, según las visitas que recibía; hidalgos, soldados, jornaleros, capitanes, petimetres y mendigos. Hábil en todos los oficios, habiendo visitado todos los países, conociendo todas las ciencias, hablando todas las lenguas, chapurreando todos los idiomas, tomado por los artesanos, los magistrados, los hombres de espada, los hombres de iglesia, los hombres de letras y los hombres del campo, por un cofrade; por los alemanes, los ingleses, los italianos, los españoles, los rusos y los turcos, por uno de sus compatriotas, el tío Galileo Copérnico no era la celebridad menos curiosa en medio de todas aquellas celebridades.

Era, para reasumir un impudente, un apático, un aventurero, un fantástico, un gitano, en el que se reunían mil aptitudes diversas, que bien dirigidas, hubieran hecho de él un hombre de genio, y que dejadas á sí mismas, vagamundas y caprichosas, no habían conseguido hacer más que un empirico y un saltimbanquis.

Se comprenderá muy bien que Fafiou debió aprovechar las lecciones de aquel ilustre maestro; sólo que, menos felizmente dotado que él, llegó á un límite de arte, de inteligencia y de educación, del que nunca pudo pasar.

Habiase dedicado Copérnico, mucho tiempo y con tenacidad, á la educación de Fafiou; pero había concluído por renunciar á hacer de él, si no su segundo, al menos su suplente, sólo que como no era hombre que alimentase á un sujeto cualquiera sin utilizarle, había pensado en sacar provecho de su bobería y su sencillez, ó mejor dicho su tontería, y había hecho de él un bragazas, un rústico, un payaso, un bufón, un cola roja, en fin, una especie de Debureau parlante y de los más completos.

Muchos artistas venían de los barrios más lejanos: de la

barrera del Trono, del arrabal del Temple, del Odeón, para oírle improvisar sus necedades, que pasaban á los oídos de los espectadores por docenas, como en los días de funciones y regocijos públicos parten los petardos por paquetes.

Cuando Copérnico y Fafiou (Casandro y Gil) estaban en escena, era aquello un fuego graneado de calemburgs, de patochadas, de despropósitos, de juegos de palabras, de agudezas, de preguntas grotescas, de respuestas absurdas, en una palabra, de esos gestos que en términos de bastidores se llaman columpios, capaces de hacer morir de risa á un inglés atacado de spleen; así que, se veía tornarse en las convulsiones más desordenadas á los espectadores de aquellas funciones, en que los dos cómicos, el maestro y el discípulo despleaban, como en rivalidad uno del otro, un talento maravilloso.

Y lo más curioso de todo es, que nuestro bufón no tenía en lo más mínimo conciencia de su mérito.

No, Fafiou no conocía á Fafiou.

Tenia talento, como las gentes graciosas tienen gracia, sin saberlo.

Una vez sobre las tablas, ya no era Fafiou, era Gil, y hablaba á Casandro como un verdadero criado hubiera hablado á su amo humildemente, con naturalidad, con insolencia ó con timidez; en una palabra, según la situación, y hé ahí por qué era un gran cómico.

Digamos ahora cómo Fafiou había conocido á Salvador, y cómo había tenido que agradecerle.

CAPÍTULO X.

QUÉ CLASE DE SERVICIO HABÍA HECHO SALVADOR Á FAFIOU, Y
QUÉ CLASE DE SERVICIO SALVADOR RUEGA Á FAFIOU QUE LE
HAGA.

Si, el espíritu de Fafiou era sencillo, tan sencillo, que á veces llegaba hasta los últimos límites de la tontería; su corazón era excelente, y le amaban sinceramente todos sus camaradas, aun cuando les sirviese de blanco para sus burlas, y con frecuencia, hasta de juguete y súfrello todo.

Era, sobre todo, Fafiou capaz de sentir amor, como se ha visto, y de sentir reconocimiento, como se verá.

Durante el riguroso invierno que se acababa de atravesar, los desgraciados cómicos, sepultados cerca de un mes, como los Lapones bajo la nieve, no habían hecho durante todo aquel mes diez sueldos de entrada por día. Entonces Salvador, por medios desconocidos hasta de aquellos á quienes socorría, había venido en su ayuda, y desde entonces, el más reconocido de todos, el mejor, el más ingenuo de la compañía, nuestro bufón Fafiou, venía todos los días después de su visita á Musette, que vivía esquina á la plaza de San Andrés de las Artes, á presentar sus homenajes á Salvador, y á preguntarle en qué podía servirle en su pequeña especialidad.

Tres meses hacía que las cosas pasaban así: todas las mañanas desde mediodía hasta la una, Salvador se mantenía en su puesto acostumbrado, recibía la visita de Fafiou, lo que explica cómo la presencia de Fafiou en el

mercado produjo el efecto que hemos dicho, y cómo Fafiou, acostumbrado al efecto producido, no fijaba en él atención alguna, y todos los días renovaba Fafiou á su bienhechor los ofrecimientos de servicio, que aquel á quien se hacían había rehusado aceptar constantemente.

Fafiou no persistía menos en hacer regularmente su visita y sus ofrecimientos á Salvador; aquel acto de abnegación cotidiano se había convertido en costumbre para él. La calle de Fers, se dirá, estaba en su camino ó poco menos para ir de la plaza de San Andrés de las Artes al boulevard del Temple; pero nosotros, que conocemos á Fafiou, responderemos que si Salvador hubiera trasladado su domicilio á la barrera del Trono, entonces el honrado y reconocido Fafiou hubiera pasado por la barrera del Trono para volver de la calle de San Andrés de las Artes al boulevard del Temple.

Pero entonces, ¿cómo aquel corazón honrado y recto había podido alimentar la esperanza de ver devorar á la reina Tamatava por el tigre de Bengala ó el león de Numidia, y esto con el solo fin de casarse con la señorita Musette?

Sólo responderemos una cosa, y es, que el amor es una pasión que nos torna locos, ciegos y feroces, y estando Fafiou apasionadamente enamorado, se había vuelto loco, ciego y feroz para con la mujer que teniendo su destino en su mano, le cerraba con aquella mano despiadada la puerta de la felicidad, poniendo por condición á aquella felicidad, que Fafiou no se casase con Musette hasta que ganase, y de una manera bien segura, la suma de treinta francos al mes.

Fafiou, que hacía cinco años no ganaba más que quince francos al mes, que se le pagaban aun con una irregularidad tan regular, que el término medio de sus sueldos no

era más que de cinco francos al mes, no veía ni aun en el más lejano horizonte nacer la posibilidad de semejante aumento de sueldo.

El matrimonio de Fafiou, se hallaba, pues, aplazado, como decía científicamente Mr. Galileo Copérnico, para las calendas griegas, lo que volvía loco, ciego y feroz á Fafiou, y lo que en sus horas de locura, de ceguedad y de ferocidad le hacía desear la muerte de la reina Tamatava.

Nuestros lectores comprenderán, pues, ahora que hemos explicado las relaciones que existían entre Fafiou y Salvador, aquella frase que el bufón había dicho al mandadero al principio del capítulo anterior :

— Mr. Salvador, si puedo á mi vez hacerós un servicio, no me canso de deciros que podéis disponer absolutamente de mí.

De modo que Fafiou, que había visto constantemente que se le rechazaban sus ofrecimientos, sintió en su alma una grande alegría, cuando por la primera vez, después de tres meses, oyó á Salvador responderle :

— Puede ser que vaya á cogerte la palabra, Fafiou.

Á cuya respuesta, Fafiou exclamó :

— ¡ Oh ! en verdad, Dios mio, que haríais en ese caso un hombre feliz ; y yo, Fafiou, soy quien os lo digo.

— Contaba con ello, Fafiou, dijo Salvador sonriendo imperceptiblemente ; así que, he dispuesto de ti sin consultarte.

— ¡ Ah ! hablad, Mr. Salvador, hablad, exclamó de nuevo Fafiou, profundamente enternecido con la prueba de confianza que le daba Salvador ; en cuanto á eso, sabéis que soy vuestro en cuerpo y alma.

— Lo sé, Fafiou ; escuchame, pues.

Una de las facultades de Fafiou, era menear sus narices

de cuarenta y dos maneras, y sus orejas de veinte y tres.

Abrió, pues, sus orejas más allá de toda medida, diciendo :

— Escucho, Mr. Salvador.

— ¿ Á qué hora es tu función, Fafiou ?

— Hay dos, Mr. Salvador.

— Entonces, ¿ á qué hora son tus funciones ?

— La primera á las cuatro, y la segunda á las ocho de la noche.

— Las cuatro, es demasiado temprano, y las ocho demasiado tarde.

— ¡ Ah ! ¡ diablo ! no se puede, sin embargo, cambiarlas, esa es la hora.

— Fafiou, es preciso que la primera función no principie hoy hasta las seis ; muchos de mis amigos, que desean asistir á tu triunfo, y que no están libres más que de cinco á siete, me han encargado que te presente esta petición.

— ¡ Diablo ! Mr. Salvador, ¡ diablo !

— ¿ Vas á decirme que es imposible ? Fafiou.

— Bien sabéis, Mr. Salvador, que eso nunca os lo diré.

— ¿ Entonces ?

— Entonces, ¿ qué os he de decir, Mr. Salvador ? puesto que deseáis que la función no se verifique hasta las seis, será preciso que la función tenga lugar á las seis.

— ¿ Tienes medios ?

— No, los encontraré.

— ¿ Puedo, pues, estar tranquilo ?

— Podéis estar tranquilo. Aun cuando se me cortara en pedazos, Mr. Salvador, no se me haría parecer antes de las seis.

— Bien, Fafiou ; pero eso no es más que la mitad del servicio que tengo que pedirte.

— Tanto mejor, porque entonces eso no merecía la pena.

— ¿ Estás dispuesto á hacerlo todo por mi ?

— Todo, Mr. Salvador... Mirad, aun cuando me fuera preciso por vos tragarme á mi suegra, como he tragado estopas encendidas, la tragaría.

— No, eso te perjudicaría demasiado para con el tigre de Bengala y el león de Numidia, para los que la has votado : una palabra es sagrada, con más razón un voto.

— Pues bien, veamos de qué se trata, Mr. Salvador.

— Hélo aquí. Trátase simplemente de devolver á tu patrón, hoy, lo que él te da todos los días.

— ¿ Á Mr. Copérnico ?

— Sí.

— Nunca me da nada, Mr. Salvador

— Perdona, Fafiou ; te da al fin de la función el mismo puntapié en el mismo sitio, si no me engaño.

— En la parte de atrás. Sí, eso es verdad, Mr. Salvador.

— Pues bien, cuando esta tarde te dé el puntapié cotidiano, se trata de que esperes disimuladamente á que él se vuelva, y entonces se lo devuelvas.

— ¡ Hem !!! gritó Fafiou, que creyó haber comprendido mal.

— Que se lo devuelvas, repitió Salvador.

— El puntapié en...

— Sí.

— ¿ Á Mr. Copérnico ?

— Al mismo.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, es imposible, Mr. Salvador, respondió el desgraciado Fafiou palideciendo.

— ¿ Y por qué es imposible ?

— Pero, señor, porque en la ciudad es mi director, y sobre la escena mi amo, puesto que él hace siempre el papel de Casandro y yo el de Gil. Además está previsto el caso.

— ¿ Cómo que está previsto el caso ? preguntó Salvador atónito.

— Sí. Hay en mi escritura una cláusula que dice, que me comprometo á ser el barbero y peluquero de la compañía, á ejecutar los papeles de Gil Jeannot, payaso simplón y cola roja, y á recibir puntapiés en la parte de atrás, *sin devolverlos nunca.*

— ¿ Sin devolverlos nunca ? dijo Salvador.

— Sin devolverlos nunca. Voy á enseñároslo, porque precisamente traigo conmigo mi escritura.

Y Fafiou sacó de su bolsillo un papel grasiendo, que presentó á Salvador, y que éste cogió y abrió con las puntas de sus dedos.

— Es verdad, dijo Salvador : dice, *sin devolverlos nunca.*

— *Sin devolverlos nunca.* ¡ Oh ! ahí está eso. Así que, Mr. Salvador, pedidme mi vida si queréis ; pero no me pidáis que falte á mi escritura.

— Pero, dijo Salvador, veo también en tu escritura, que estás obligado á hacer todas esas cosas mediante quince francos al mes, que te pagará Mr. Galileo Copérnico.

— Que me pagará Mr. Galileo Copérnico, sí, Mr. Salvador.

— ¡ Pues bien ! yo creía que me habías dicho que no te los pagaba.

— Eso es verdad ; desgraciadamente verdad. No cobro más que cada cuatro meses uno.

— Mientras que todas las tardes, con regularidad, recibes un puntapié.

— Dos, caballero, uno en la función de las cuatro, y otro en la de las ocho.

— ¡ Pues bien ! me parece, mi querido Fafiou, que desde el momento en que Mr. Galileo Copérnico falta á sus compromisos, puedes tú muy bien faltar á los tuyos.

Fafiou abrió los ojos desmesuradamente.

— Nunca había pensado en eso, dijo.

En seguida, sacudiendo la cabeza, añadió :

— No importa ; pedidme mi vida ; pero no me pidáis que dé un puntapié en... á... no, eso es imposible.

— ¿ Y por qué, puesto que no te paga por recibirlo ?

— Creéis que eso me da derecho...

— Ya se ve que lo creo.

— ¡ Pero no, no ! Él falta á sus compromisos en menos, yo faltaría á los míos en más. Imposible, Mr. Salvador, imposible ; pedidme mi vida.

— Veamos, raciocinemos, Fafiou.

— No deseo otra cosa, Mr. Salvador.

— Improvisas, ó poco menos, todas esas funciones, en las que, en mi opinión, desplegas un talento maravilloso.

Las mejillas del payaso se cubrieron con las rosas de la modestia.

— Sois muy bueno, Mr. Salvador ; como vos decís, las improvisamos ó poco menos.

— ¡ Pues bien ! ¿ quién te impide improvisar un puntapié como improvisas un despropósito ? verás qué éxito tiene tu puntapié.

— Pero, Mr. Salvador, eso nunca se ha visto, que Gil dé un puntapié á Casandro.

— Por lo mismo, será más inesperado, y tendrá más éxito.

— ¡ Oh ! ; pardiez ! dijo Fafiou, que oía ya las carcajadas

y los aplausos, y que se dejaba coger por el lado artista ; pardiez, no lo dudo.

— ¡ Pues bien ! entonces... ¡ Cómo ! Fafiou, te espera un gran triunfo, ¡ y vacilas !

— Pero ¿ y si el tío Copérnico se incomoda ?

— No te inquietes por eso.

— ¿ Si me despide por haber faltado á una de las cláusulas fundamentales de mi escritura ?

— Te escrituro yo.

— ¿ Vos ?

— Sí, yo.

— ¿ Vais, pues, á ser director de espectáculos ?

— Tal vez.

— ¿ Me escrituráis ?

— Sí. Y te garantizo treinta francos por mes, y si es preciso, deposito un año de tus sueldos de antemano.

— Pero entonces, si tengo treinta francos al mes, exclamó Fafiou en el vértigo de la felicidad ; pero...

— ¿ Qué ?

— ¡ Ah ! ; Dios mío !

— ¿ Y bien ? ¿ qué hay ?

— Pero podré, pues... ¿ pero podré, pues, casarme con Musette ?

— Sin duda. Pero estáte tranquilo, que no te despedirá, porque tú eres el mejor comediante de su compañía, y no sólo no te despedirá, sino que si le pides al día siguiente que te doble el sueldo, te lo doblará.

— ¿ Y si no lo dobla ?

— Estaré yo con mis treinta francos por mes, mis trescientos sesenta y cinco francos por año.

— Pero eso es una fortuna. ¡ Y me la ofrecéis, caballero ! Eso es más que una fortuna, es la felicidad.

— ¿Rehusas tu felicidad, Fafiou?

— ¡No, á fe mía, caballero! queda convenido, dijo alegremente el payaso; y si os he de decir la verdad entera, no me incomoda encontrar una ocasión de pagarle en su misma moneda al compadre Copérnico. Así que, os respondo que esta tarde recibirá los dos más lindos puntapiés en...

— Dos no, interrumpió vivamente Salvador; no te dejes arrebatar por la situación, Fafiou, uno solo.

— ¡Pues bien! uno solo; pero que valdrá por dos: os respondo de ello.

Y Fafiou hizo el gesto de un hombre que alarga un puntapié terrible.

— Eso es cuenta tuya, respondió Salvador; pero uno solo.

— Sí, uno solo, está dicho, ¿vos no necesitáis más que uno?

— No necesito más que uno solo.

— ¿Qué diablo queréis hacer de él?

— Ese es mi secreto, Fafiou.

— ¡Pues bien! entonces no recibirá más que uno, plan: y renovó su gesto agresivo.

— Eso es.

— ¡Oh! estoy viendo desde aquí la figura del patrón. Decid, ¿puedo saltar inmediatamente del tablado abajo?

— No veo inconveniente en ello.

— Es que yo conozco al tío Copérnico, y el primer momento será terrible.

— Sí, pero treinta francos al mes y la mano de Missette...

— Bien vale eso que se arriesgue algo.

— ¡Pues bien! chico, ve á repasar tu papel, y haz de

modo que tu puntapié final suceda de las seis y media á las siete menos cuarto.

— Mr. Salvador, á las seis y treinta y cinco minutos daré la respuesta á maese Copérnico.

— Bien, Fafiou, y gracias.

— ¡Adiós, Mr. Salvador!

— ¡Adiós, Fafiou!

Y el payaso, después de haber hecho un respetuoso saludo á Salvador, se alejó del misterioso mantadero, cantando un antiguo estribillo del teatro de la Foire, con el ánimo alegre y el corazón contento, como si acabase de saber que la reina Tamatava había sido definitivamente comida por el tigre real de Bengala ó el gran león de Numidia.

Salvador, por su parte, le miró alejarse, con una mirada bien diferente de la que había lanzado dos horas antes sobre Guisote y su flemático deudor.

Pero abandonemos á Salvador para seguir á Fafiou, y vamos, si queréis, queridos lectores, á asistir en el boulevard del Temple á la función que la multitud entusiasta aguarda impacientemente, á cien leguas, sin embargo de prever (así lo creemos al menos) el desenlace no acostumbrado, cuyo autor es Salvador.

CAPÍTULO XI.

PERFIL DE GALILEO COPÉRNICO.

Los tablados del señor Galileo Copérnico estaban situados, como hemos dicho, en el espacio que se extendía entonces, y aun se extiende hoy, desde el teatro de Mad. Saqui,